



— **Prisma (2005)**  
Claudio Caldini

Textos de estudiantes (Diplomatura)

# Escribir el país

En el ciclo lectivo correspondiente al año 2021, Iosi Havelio, Julián Gorodischer y Julia Magistratti dictaron seminarios intensivos de ficción, no-ficción y poesía en el marco de la Diplomatura en Escritura Creativa. Presentados por sus respectivos docentes, los trabajos producidos por los alumnos en tal contexto dan cuenta de la implementación de recursos y técnicas literarias complejas en el desarrollo de la producción artística.

## Mundos inesperados

Algunos problemas alrededor de la práctica de la escritura, así el nombre del seminario-taller que inauguró la Diplomatura en Escritura Creativa en 2021. Una experiencia novedosa que nos regaló el virus y los modos que trajo. La posibilidad de verse y oírse de a muchas y muchos. De intercambiar gestos, comentarios, textos y circunstancias a la distancia. Personas escribiendo, leyendo, conversando, desde lugares y realidades bien diversas, desde el litoral, desde el norte, desde Chaco, la Patagonia y el centro del país, desde ciudades y pueblos. Fue novedoso y de varias maneras asombroso. Todo lo que fue surgiendo. De las visualizaciones a la escritura, de la escritura a la discusión, al invento de lenguas, a la irrupción de lo social, los intercambios fueron dando lugar a voces y mundos inesperados. El ida y vuelta resultó siempre vivo, de mucha entrega. Igual que el trabajo. “Archipiélago Alexander”, de Elisa Gagliano, es una muestra singular de aquella poderosa experiencia en la que resuenan ecos del conjunto.

Iosi Havilio

Elisa Gagliano  
**ARCHIPIÉLAGO ALEXANDER**

Los perros son corales. Festejan el hueso de alguien. La banda de sonido es de dientes y hocicos húmedos. Yo? Marcos. Marcos ni vivo, Marcos ni muerto.

La visión es precisa, todo lo demás no, un monstruo, una cosa sin bordes con el fondo revuelto. Después del golpe, 17 perros. Así parece ser el conteo, que una y otra vez da el mismo resultado. Jamás me equivoco. Los he enumerado al derecho y al revés. Con más o menos ganas. No fallan. Son siempre los mismos, como en un cine congelado.

17 bestias, 17 peluches del averno.

Que el número de algo vivo no varíe me pone furioso. Una furia contenida que desconozco.

Esto lo descubro en mi último día de Marcos así. El último día de mí.

Pero antes, antes, jamás una visión, un tropiezo de tiempo alterado. Jamás una sangre detenida, un corazón en pausa. Esto es nuevo, nuevísimo.

Una mano de gloria, eso me vendría bien. Una mano de gloria que me saque de aquí. La mano de un ahorcado. Las brujerías más excelsas y complejas se hacen de esta manera. No solo basta con poseer una, hay que saber usarla. Hay que saber las palabras y los movimientos y las invocaciones y a qué demonios hacerles el trueque.

Esto lo sé porque vi un capítulo de *Games of Thrones*, donde la Reina de los Dragones hace un pacto con la bruja del pueblo, lo hace para salvar de la muerte a su marido.

Ella, la bruja, en una noche tremenda de tormenta y borrachos

en las cantinas, evita la muerte del amado en cuestión. Lo hace con cantos y esa mano que sujeta con su mano.

El amado, queda en una especie de coma farmacológico esotérico.

Danerys de la tormenta protesta y grita de furia.

— Evitar la muerte —dice la señora— no es lo mismo que estar vivo, Danerys.

Gran frase de la serie.

— He cumplido mi parte, ahora tú, Reina de los Dragones, cumple la tuya.

En ese momento una toma sin sutilezas, muestra como Danerys de la tormenta pierde al hijo que lleva en su vientre. Vemos la sangre caer por sus piernas, ella llora porque entiende que se ha sola. Sin su hijo y sin su querido esposo, que más tarde que temprano, había comenzado a practicar la ternura. Ya no más ponerla en cuatro y a lo bestia en mitad de la noche, sino, besarla primero, mirarla a los ojos segundo, para ponerla, en tercer lugar, en cuatro, a lo bestia sí, pero quizá un bestia atento. La numerología más estable de la conquista. En cuatro, el emperador. Y justo allí bruto, pero con más conciencia del otro, justo allí nos matan al guerrero. Entonces bien, la cosa se apagó de repente. La cosa, mi cabeza, digo, o vaya a saber qué tubito.

Pasaron horas esa mañana, pero miro el reloj y quizá, como un trailer de lo que vendrá, vuelven a ser las siete. Son las siete cuando me baño, cuando descubro una mancha nueva en la parte baja del muslo. Cuando paso el jabón quebrado,

lleno de mugre en las grietas, afuera del cuerpo y descubro un pequeño desvarío de la piel. Son las 7.

- Afuera?
- Qué raro.
- Qué?
- Que digas afuera del cuerpo.
- Por qué raro?
- Qué es eso?

Eso, una mancha enorme, como el Archipiélago Alexander. Tiene bordes rojizos y parece inofensivo. Podría ser un buen lugar dónde poner cosas, cosas inútiles.

- Dónde quedó la huevada esa, la cosita esa que va en el cajón?
- Acá, mi amor, mi libélula, en esta isla buena para nada, que me creció al costado.
- Dale tarado, dónde está?
- Juro que lo puse acá.
- Llevás al Elvis roto?
- Sí.

Son las siete cuando estoy saliendo, cerrando la puerta. Fallan las pilas, pienso. Lo que falla son las pilas. Aún ni se dónde ubicarme, en el mapa, digo. Soy joven, tengo tiempo, como Danerys. Ya vendrán las coordenadas.

Camino por 27 de abril, a la altura de 9 de Julio. En la zona venden calzones estrechos, tiritas de colores, cintas bebes, cajas con hilos ordenados por color, medias, zoquetes. Caminar por esta parte de la ciudad, que aún da pelea al neón, al multito, estimula la extraña manera que tiene mi cerebro

de generar serotonina. Una serotonina ochentera, que tararea  
“Life style is everything”  
Los locales peronistas inventan las calles de esta ciudad.

- Por qué siempre así?
- Así cómo?
- Así peroncho y groncho y pintón.
- Pintón?
- Buen mozo, digo.
- Ja! Por lo de groncho, habla con mi mano.

Camino rápido, porque quiero ser puntual. Quiero desaparecer  
tras el velo de la corrección. Ser un ciudadano ejemplar, un  
fantasma de la burocracia sindical. Una persona de bien.  
Cruzo Maipú. La cajita musical está rota.

- Ustedes reparan cajas?
- Cajas?
- Cajitas.
- Cajitas de?
- De música.
- Depende qué suene Flaco!

El gordo se hace el gracioso conmigo. Porque puede.

- Sí pibe, arreglamos todo tipo de cajitas.
- Can't help falling in love.
- Ah?
- De Elvis.
- Uh. Temazo, Pá. Es una huevada arreglar eso.

Huevada tu vieja —pienso— pero no lo digo, porque hoy soy un buen ciudadano.

Esto por delante, esto por detrás. No le dejo nada. Le digo al vendedor que volveré pronto. Él y yo y todo el país sabe que miento. Se puede meter la mecánica de la cajita en el tujes, cruzo la vereda mientras suena la Misa de Réquiem en re, no sé qué, en mi celular.

Murió en 1791, eso sí sé.

Murió antes de terminar su misa en 1791.

Mozart, digo.

MilSieteNoventayUno.

Uno y Siete.

17.

17 perros corales que aúllan por los huesos robados y todavía no cambia la hora en el reloj clavado.

Sigo mi camino, quedan 15 cuadras hasta la oficina. No pienso en nada. Miento. Pienso en una Mafalda con doble de jamón y un café enorme. Es justo allí, en ese instante, cuando sucede la cosa, la cosa segunda que hace que la cosa primera, se apague. Lo último que recuerdo es buscar plata en el bolsillo, un movimiento simple, educado, común. Agacho la cabeza hacia la derecha levemente, inclino un poco el torso hacia la izquierda y con la mano libre, sumerjo los dedos en el bolsillo. Fue justo allí, allí. Un golpe seco en la nuca, de pronto, sin aviso, sin motivo. Entonces caigo.

Lo que sucede de inmediato, lo desconozco. Mi cerebro de pronto está mudo, apagado. No es negro lo que veo, es blanco. Es Alaska! En Alemán hay una palabra para decir que uno tiene de repente una alegría anticipada de esa alegría que

sentirá luego. Fur Freud. Fur Freud.

Inventá una palabra.

Una prepalabra.

Inventá, Marcos.

Le premuerte.

La pre mort.

La after morición.

Este descanso de escalera, mi premort de estreno, resultó ser de hielo.

Un hielo antiguo, lleno de perros. Hielo que olvidó que alguna vez fue agua.

## Otra enfermedad, nuevas metáforas

En la pieza “El azul de la distancia”, de Ángeles Alemanni, se produce un uso del propio cuerpo como texto; la decisión de convertir a la propia vivencia en objeto de la escritura brilla particularmente por cómo está logrado el extrañamiento; esa meta utópica de todo cronista de la intimidad que pretende salirse de sí mismo para obtener la esquivada perspectiva cuando se trata de “lo propio/ amado, odiado” aquí está cerca de plasmarse —siempre a punto de— gracias a la precisión en el trabajo con archivos, y la posibilidad de leer(se) desde la mirada y las historias de otros; el seguimiento paso a paso de la secuencia demuestra una técnica narrativa adquirida; es como si hubiésemos estado allí, junto con el personaje, al momento de recibir su diagnóstico “maligno”. Ante esa toma de distancia que está antes y después de la posibilidad de que haya un acto creativo, la autora se desdobra definitivamente de la narradora y aparece la voz del personaje, que incluso se permite —aun en el frío pasillo de hospital— hacer aflorar una querible pátina de humor en sordina, aplicado al propio calvario.

Este es un ejemplo virtuoso de “instantánea”, donde dialogan en igualdad de condiciones texto escrito e imagen, y uno no podría permanecer ahí sin la otra, componiendo una escena congelada tan atemporal como esencial. Aquí hay —en palabras de Didier Eribon— un “exhibicionismo que es lo opuesto a la vergüenza”; y hay una reapropiación positiva del cuerpo enfermo, como lo contrario al cuerpo sojuzgado. El cuerpo disruptivo no quiere reconocer las exigencias que le habría impuesto la industrialización. El cuerpo improductivo significa —en la medida que prolifera, consigue nuevos lectores y se convierte en un géne-

ro aparte, dentro de las narrativas de realidad- quitar poder al higienismo médico sobreviviente, sobre una materia que, de acá en más, no será petrificada como “patológica”.

Julián Gorodischer

## EL AZUL DE LA DISTANCIA

Ángeles Alemandi

El médico levanta la radiografía, la ubica a contraluz. Sé que observa mi columna y los anillos de las vértebras, que analiza los pulmones, que detecta las cicatrices de distintas cirugías. A mí no me gusta mirar lo que duele, todavía giro la cabeza hacia la pared cuando me están por pinchar para sacar sangre. Pero ahora, la luz que atraviesa la placa me cautiva, y a pesar del miedo, no le puedo sacar los ojos de encima. Me concentro en leer mi nombre impreso en esa diapositiva gigante, en su textura que cruje con el movimiento, en aquel gris que es como el azul de la distancia. Pienso en la maravilla de los rayos X que atraviesan el cuerpo y dejan esa estampa de huesos, órganos y tejidos sobre una lámina de plástico. Trato de sostenerme, como la placa, suspendida en el aire. Caigo cuando lo escucho al especialista: ve una “imagen noduliforme, densa”. Sé que el Profesor Röntgen hizo la primera radiografía en 1895 sobre la mano de su esposa. Dicen que ella salió corriendo al ver la imagen cadavérica de sus dedos gráciles. Quisiera tener otro tipo de coraje, ser como ella. Y huir de la enfermedad y sus diagnósticos.

## ESCRIBIR Y LEER

El Seminario de Poesía de la Diplomatura parte de una premisa: la escritura de poesía no es un proceso separado de la lectura de poesía. Se propone entonces, la construcción de textualidades poéticas y un dispositivo de lectura que sean urdimbre, acontecimiento, proliferación de la palabra y deseo de enunciación. De entre los ejercicios de escritura que realizaron las y los alumnos en la cursada —muchos de ellos fueron compartidos y leídos en voz alta en clase—, se destacó el poema de María Belén Campero que aquí se publica. Con su lectura, quedaron resonando las líneas de un poema de Susana Thénon, una de las autoras que también trabajamos en el Seminario:

Todo y nada están ahí para ser dichos. El poema es el puente que une dos extremos ignorados. Pero es también esos extremos. El poema es una venturosa incursión por lo ignorado.

Julia Magistratti

María Belén Campero  
[SIN TÍTULO]

Soy una extraña  
aprendiendo a adorar a los extraños  
a mi alrededor

quienquiera que seas  
quienquiera que yo pueda llegar a ser.  
June Jordan

Mi abuela dejó regalos  
para que abriera  
después  
de su muerte

Ya no va a leer este poema  
y quizás  
no hacía falta  
que lo escribiera, aun

cuando la escritura  
fuese para mi  
un acto de fe

o sí, hacía falta  
para recordar

que la vi desnuda  
como ella me vio

a mi  
también  
alguna vez

que la besé, aunque  
estuviera prohibido  
besar  
porque en este tiempo  
se prohíben esas cosas  
y ella me enseñó  
a desobedecer

quería que le hiciera preguntas  
para recordar que estaba  
viva

que le dijera  
una vez más  
cuánto la amaba  
o quizás  
era yo  
la que quería todo eso

me contó cosas que nunca  
me había dicho

estaba segura  
de que a su madre  
no le había dado  
tanto trabajo  
morir

nos reímos  
    como antes  
        a carcajadas

si pudiera elegir un mapa  
para despedirme del mundo  
seguiría el de sus manos

seguiría el camino que va  
de la herida de mi cuerpo  
que todavía no sabe  
que la muerte viene  
como el sueño

yo viví en muchas casas a la vez  
siempre llevé las llaves  
de la suya en mi cartera  
todavía no pude sacarlas  
ni borrar su nombre de mi teléfono  
ni las fotos ni los mensajes

cuando me enseñó a hacer  
dulce de membrillo  
aprendí que lo suave nace  
de lo que es duro y resistente

me acuerdo de cuando me miraba y  
tomábamos café y fumábamos  
a escondidas

de verla amasar como lo hacía su madre  
buscar el punto justo  
la masa lisa como una seda

guardo el ruido de la piel  
de los dedos  
de esas mujeres  
rozar en la tabla de madera

el olor a levadura  
el brillo del engrudo seco en sus manos  
diluyéndose  
en el agua.

Escribo  
aunque ya no puedan leerlo

como si mi cuerpo pudiera escucharlas  
de memoria

como si el silencio o el dolor o la herida  
alcanzaran  
para nombrarlas.